

Julia Guerra. Una rosa en el desierto

Nuria Ruiz Fernández

1. INTRODUCCIÓN

El 4 de marzo de 2008 nos levantamos con un titular en todos los periódicos al que no podíamos dar crédito:

Julia Guerra, escritora navarra nacida en Pamplona el 12 de febrero de 1953, fallece a los 55 años de edad, en un accidente de tráfico en Algeciras.

La poetisa navarra falleció ayer 3 de marzo a los 55 años en un accidente de tráfico entre Los Pastores y Pelayo. Ocurrió cerca de las ocho de la mañana cuando se dirigía a su trabajo en el centro de menores de la Marchenilla. Perdió la vida después de una colisión frontal. Ella iba de copiloto y murió en el acto. El impacto se produjo cuando un turismo que iba en dirección a Algeciras se salió de su carril e invadió el contrario. En ese momento circulaba en dirección a Tarifa el Peugeot 206 en el que viajaba Julia Guerra. Ambos chocaron de manera frontal y la peor parte se la llevó la escritora.

En 2018 se han cumplido 10 años de su fallecimiento y su mirada clara como un mar de poniente, su sonrisa abierta como manos que se entrelazan y su figura bonachona como pan recién salido del horno, todavía nos acompaña entre los agentes culturales y sociales de la sociedad algecireña.

Muchos fueron los que la conocieron y compartieron con ellas letras, proyectos, tertulias y risas alrededor de una copa de vino, pero pocos fueron los que convivieron con ella cuando, cansada de hipocresías y ausencias, se retiraba del mundo para escribir poemas, o cuando se acercaba a las orillas del Estrecho a ayudar a los inmigrantes, o escribía sus artículos apoyando la lucha a favor de la mujer, o cuando recogía en su casa a cualquier indigente que necesitara un plato de comida. Pocos son los que a su lado conocieron sus lágrimas de impotencia, su pena por las desigualdades y sabían de su entrega infinita hacia el desvalido. Hoy nos quedan

sus libros, sus artículos y unos amigos que la recuerdan felices y en paz de haber sido partícipes de una parte de su vida.

Dos grandes cómplices de todas sus vivencias fueron su gran amiga Rosa Ponce y su marido, Abdul, con los cuales me he entrevistado estos días para saber más y comprender mejor la vida de esta escritora que tanta huella ha dejado entre nosotros.

A Rosa, locutora de Onda Cero durante más de una década, la conoce nada más llegar a Algeciras y con ella colaboró en la radio durante seis años con distintas secciones culturales. Rosa me cuenta que fue a la primera persona que llamaron cuando ocurrió el accidente, sobre las ocho de la mañana, y que fue el peor momento de su vida cuando se dio cuenta que su amiga, “su hermana”, ya no la llamaría por las noches para leerle sus poemas, ni la acompañaría en sus tardes de conversaciones íntimas, ni podría volver a oír su sonrisa mientras le contaba el siguiente proyecto. Con la mirada al infinito como queriendo recordar su mirada, en el salón de su casa, Rosa me cuenta que: “a Julia era difícil no quererla, con la única que discutía era conmigo, aunque se nos pasaba rápido. Porque era supercariñosa, pero con un gran genio”.

A Abdul, marido de Julia desde 1999, todavía se le humedecen los ojos cuando habla de ella. Junto al amplio ventanal que da a la bahía en la casa de ambos, me atiende un Abdul solícito y deseoso de hablar de su amada como si la tuviera todavía presente en su vida. Me entrega carpetas repletas de recortes de noticias, papeles manuscritos y fotografías de toda una vida de la escritora. Me ofreció, con esa cadencia tan especial que tienen nuestros hermanos de Marruecos al expresarse, grandes frases sobre Julia que le salían del corazón: “soy afortunado por haberla conocido, y orgulloso de haber estado con ella. Me ha enseñado bondad, generosidad y respeto” o “el momento más feliz de su vida era cuando le

solucionaba un problema a un amigo”, o “para Julia primero eran las pateras y después yo, porque su verdadera familia era todo el mundo”; y también “ella se mezclaba con la gente humilde, no era nada materialista” y después de recordarla contando anécdotas que se quedan para nosotros, termina diciendo: “nunca encontraré a una mujer que me ame como ella me amó. Me amaba mucho y no pedía nada a cambio. Yo la quiero y la querré siempre”.

Rosa y Abdul fueron su sombra, su aliciente, su apoyo y con ellos vivió momentos desconocidos para todos nosotros. Aún lloran su ausencia.

Desde su fallecimiento, los homenajes a su labor poética y social no han cesado. Recitales poéticos en el Café Teatro, en la Casa de la Cultura, en el Ateneo y en cualquier lugar donde ella recitó sus poemas. Además, la Junta Directiva de la Unidad Cívica Andaluza por la República-Campo de Gibraltar (UCR) convocó en 2008 el I Certamen de Poesía Social “Julia Guerra” que en la actualidad es organizado por la asociación cultural “Ateneo Republicano del Campo de Gibraltar” habiendo alcanzado ya una proyección internacional. También en Algeciras, el 15 de febrero de 2014, se le dedicó una calle con su nombre “Calle Poetisa Julia Guerra”.

En el mundo cultural de hace 10 años muchos artistas sufrieron su ausencia y como lo que une a los escritores son las letras, esto es lo que escribieron y dijeron sobre ella, en distintos medios de comunicación:

En un acto poético organizado en su nombre en el Café Teatro, Jose Luis Tobalina escribe en Europa Sur: “No hubo dolor en el acto, sino vida, esa que Julia Guerra tanto amaba y por la que tanto luchó hasta su último suspiro” El Café Teatro aparece de forma premonitoria en uno de sus libros, donde Julia dice: “En la estancia mágica / donde los borrachos de la palabra / la someten sin vacilar / sonrei”.

En *La Voz de Cádiz*, Juan José Téllez le escribe un artículo titulado “Julia Guerra, con el pie izquierdo” donde dice: “Todavía puede distinguirse su sombra en forma de versos a la memoria tricolor de los fusilados, en el cementerio de Algeciras. O en los que leía en las manifestaciones a favor de que los inmigrantes dejen de ser el coco en los discursos electorales. No solía figurar en

muchas antologías, pero contaba con sillón propio en la Academia Republicana de la ternura.”

Andrés del Río dijo de ella en un homenaje organizado por la Unidad Cívica de la República: “En el momento en que la olvidemos, nos habrá abandonado de verdad.”

Pedro Delgado la calificó, en una presentación con motivo de la XVIII Feria del Libro, como intimista, realista y, por encima de todo, sincera.

Y Juan Emilio Ríos le dedicó un poema a modo de tributo, inspirado en una cita de Emilio Prado: “Tu cuerpo, / ese que hoy se ha destrozado / sin remedio / era solo un envoltorio, / una etiqueta, / un sucedáneo / de tu verdadero nombre / de tu auténtica esencia / ahora al fin eres tú” y el poema termina con una despedida en euskera, “*agur biotza* (adiós corazón), adiós poeta”, en recuerdo de una cita utilizada por Guerra en uno de sus poemas.

2. BIOGRAFÍA Y BIBLIOGRAFÍA

Julia Guerra nace el 12 de febrero de 1953 en Pamplona, se dedicó a la poesía desde que tenía uso de razón y su abuela fue quien le inculcó el amor a la lectura desde niña, pero es en el año 79, con la edición de las revistas navarras *Pamiela* y *Río Arga*, cuando comienza a ser reconocida como una escritora social y visceral en sus letras.

Cinco poemas suyos van incluidos, junto a Maite Pérez Larumbe y Blanca Gil, como mujeres poetas representativas, en *Antología de la poesía navarra actual* (1982).

Participa en programas de radio como “Discofilia”, junto a Joaquín Luqui, o *Eguzki Irratia* y se autoedita y publica a los 30 años su primer poemario *Testamento de lunas* en 1983. Treinta y ocho poemas entre los que destacan los temas del amor y la muerte que, para Julia, como ella decía, van unidos. A veces es una poesía amarga. Así lo expresan los versos: *Te has ido bruscamente / sin poder abrazar tu último suspiro / dejándome incompleta. / La muerte me aterra.*

En el poema *El último secreto* existe el recuerdo del que se fue: *Hoy te añoro en el Sur / donde busco mi Norte.* Julia lamenta la pérdida del amigo en los versos: *Sigues vivo dentro de mí. / Te presiento en el aire / en un baile de agua / tu imagen me dio / la bienvenida.*

La segunda parte del libro lo componen poemas de despedida y recuerdo, a modo de cierre de sentimientos vivos y dormidos de un inmenso pesar afectivo. Títulos como *Agur maíta*, *Presunto magrebí* o *Compañero del alma* son exponentes de un pensamiento de pesadumbre, tristeza y alabanza teñida de nostalgia que invade su alma ante la presencia de la muerte.

Este libro son momentos intensamente vividos, como decía la escritora en una entrevista al *Diario de Navarra* “escribo cuando ha pasado un cierto tiempo, que me libere de la alegría o tristeza de esos momentos”.

El libro está dedicado a la libertad a través de la dedicatoria expresa que Julia hace a un compañero suyo exiliado en tiempos de Franco y que, al regresar, se dio cuenta que lo había perdido todo.

En 1986 publica su segundo libro, *Los hijos de la sombra*, de corte más político y social que el anterior, dedicado a Mikel Zabalza con el poema: *La miseria se acostó ayer sobre tu puerta / pero pasaste altiva / sin mirar a ese hombre / roto que no pedía nada. / El, sonrió / los Hijos de la Sombra / también tienen orgullo.*

Cincuenta y cinco poemas en los que, como cajón de sastre, hay de todo, impotencia, amor, desamor y nostalgia de personas y cosas.

Julia muestra un recorrido en el que se encuentran evocaciones del amor y la amistad a la poesía y a la palabra, a la desesperación y a la angustia, a Euskalherria, a Iruña y a la plaza del Castillo, en un pudoroso desnudo que realiza desde fuera hacia dentro.

Ese mismo año fue incluida también en la *Antología poética X Aniversario de Bilaketa* (Aoiz, Navarra).

Al año siguiente, con motivo del “Homenaje al 50 Aniversario de Guernica”, aparecería en una antología poética vasca editada por Vosa, en 1988 en la antología poética *Mujeres Río Arga* de Charo Fuentes (Pamplona) y en 1990 en la *Antología de Poetas Vascas* de Julia Otxoa (editorial Torrezoas).

En 1992 recibe la subvención del Gobierno de Navarra para la ayuda a la Creación Literaria del Departamento de Educación y Cultura y publica su tercer libro de poemas, *Cárcel de la memoria*,

que comienza a gestarse durante sus primeras visitas al Sur, cuando comienza a respirar otros aires distintos. Está dedicado a Paco Tori, gran persona, de origen aezkoano, que desde su puesto de botones alcanzó con su esfuerzo y sin pisar a nadie, la gerencia de una empresa.

El libro está dividido en dos partes: *Entre algas* y *Ritual de caracolas*. Es un recorrido humano a través de la memoria. El reconocimiento del poder del subconsciente que brota en el momento más inesperado. Poemas enraizados en recuerdos pequeños que impulsan las palabras y el verso hacia horizontes nuevos, aceptando a la memoria como compañera de viaje:

Porque habiendo regalado mis trenzas / al tiempo y la memoria / hoy, llevo la cara oscura / de bajar a mi sótano / a escalar la pequeña carbonera.

De contenido intimista. Intercala recuerdos de su infancia con sucesos ocurridos a otras personas, casi siempre mujeres. No faltan toques humorísticos ni juegos de palabras que rompen ritmos. La brevedad de las composiciones poéticas procura una fácil lectura, sin perder la profundidad del poema.

Este mismo año es incluida en la *Antología Bilaketa* al 50 aniversario de Miguel Hernández (Aoiz, Navarra).

Su cuarto poemario, *Al viento*, vendría de la mano de la editorial Medialuna en 1996, dedicado a la muerte de su amigo Kepa Larumbe Biurrun y en el que a lo largo de sus versos la poeta navarra afrontaría sin rodeos la cruda realidad de la muerte. Más tarde, la 21 edición de la Feria del Libro acogió la presentación de esta obra. Treinta poemas con una visión heterodoxa de la vida y la muerte, del espíritu y la materia. Prólogo de Domingo Failde, que hace una magnífica introducción al tema de la muerte. Poemario lleno de sentimientos y nostalgia en el que fluyen palabras sinceras. La pérdida de su amigo Kepa Larumbe deja un vacío que solo puede llenar la fuerza del poema.

Después de este libro, con una trayectoria literaria asentada y reconocida, dejaría definitivamente su cuna natal para vivir los últimos años de su vida en Andalucía, más en concreto en Algeciras. La poeta confesó sentirse atrapada por la luz del Sur y la suavidad de la

gente que habita en esta pequeña parte de España.

En Algeciras publica su quinto libro, *Dos orillas* (2003), poemario bilingüe (árabe-español) comprometido socialmente, en el que denuncia la difícil situación vivida por los inmigrantes a cada uno de los lados del estrecho y con uno de cuyos poemas (*Encuentros internacionales*,) recibe la mención especial del I Certamen Poético del Centro de la Mujer del Ayuntamiento de San Roque (2003).

Ese mismo año es mencionada en la obra *Poetisas españolas* de Luz María Jiménez Faro (Editorial Torreozas, Madrid).

Formó parte, junto con el presidente del Ateneo José Román, Juan Emilio Ríos, del colectivo literario ‘Yaraví’. Y escribió multitud de artículos en periódicos nacionales y locales cuyos títulos de algunos de ellos son:

–*Flores amarillas para Montserrat*, escritora catalana, implicada en el movimiento feminista que murió de cáncer de mama.

–*Miedo a otras culturas*, sobre el racismo, donde ella comentaba que no reconocer la parte de racismo que desde pequeños llevamos dentro significa no avanzar hacia la concienciación de que son seres humanos como nosotros.

–*Queridos Reyes Magos*, que comienza diciendo: “Hace muchos años que dejé de escribiros porque yo, al contrario de Peter Pan, crecí”.

–*Andaluces levantaos*, que lo termina diciendo: “Si nos volvemos insensibles, esta tierra, raíz de grandes hombre y mujeres, se morirá de angustia en la escala de un himno que con gran fuerza pide tierra y libertad”.

–*Amor y amistad*, donde comenta entre otras cosas, muy en su línea, que el amor es universal y no conoce fronteras.

–*Poesía en Grazalema*, cuyas frases dicen de este pueblo que “Grazalema lleva la poesía en cada calle, en cada esquina donde crecen las plantas”.

3. CONCLUSIONES

Ella calificaba su propio estilo en 1991, en una entrevista concedida a la periodista Laura Casanellas, como intimista y decía: “A mí no me sale escribir porque sí, lo mío tienen que ser momentos vividos o que viven gente cercana. No llevo un método de trabajo. Escribo cuando tengo algo que decir”.

Julia adoraba la poesía inmortal de Neruda, Miguel Hernández y Machado, quizás porque ella en el fondo también quería ser inmortal. Su forma de escribir siempre fue caótica, rápida, a impulsos, sin corregir demasiado. Escribía sin corsés de rimas, sus poemas tenían que satisfacerla a ella por haber entregado algo de sí misma a los demás. La muerte le rondó en cada poema desde que empezó a escribir y la parca fue quien la llamó, sin aviso, aunque preparada desde hacía muchos años, para llevársela al otro lado.

Julia Guerra, como a la rosa del desierto, la resguardaba de los vientos del Estrecho su bandera republicana en el féretro que la llevó al tanatorio y después, tal como ella quiso, navegó en forma de cenizas entre Pamplona y su Mediterráneo querido. Y los escritores nos quedamos aquí, en la orilla de sus poemas, bebiendo una copa de vino junto a sus libros, aprendiendo que la vida hay que vivirla de forma vehemente y con el corazón en un puño y recordando, en cada verso, que Julia Guerra fue una gran mujer y una gran poeta, y que amó y murió siendo fiel a sus propias ideas. ■

Nuria Ruiz Fernández

Escritora y comunicadora. Sección VI del IECG

Cómo citar este artículo:

Nombre del autor (2019). “Julia Guerra. Una rosa en el desierto”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (50), abril 2019. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 135-138
